

El Mundo Azul

AÑO II

MADRID, JUEVES 26 DE AGOSTO DE 1937

NÚM. 30

AL PASO DE LOS MANEJOS DEL TROTSKISMO

Carleton Beals, el gran escritor norteamericano y el "Club de Amigos" de Trotski

Sabíamos que Carleton Beals estaba en México. La Prensa diaria hablaba de él como uno de los miembros del Jurado de Trotski. En su último viaje a Nueva York habíamos estado juntos. Alberto Gombosi nos había reunido, y desde entonces he considerado al biógrafo de Porfirio Díaz como un hombre leal. No justo siempre en las concepciones históricas sobre el porfiriato, pero no por falta de voluntad o mala fe, sino por errores involuntarios en que todo escritor extranjero incurre frente a hechos que se encadenan en una sucesión ininterrompida, cuya claridad es difícil a veces de captar y de describir.

En casa de Sin embargo, Carleton Beals veía a un Jurado como miembro responsable, a pesar de que por los de origen ese Jurado no tenía ni remotamente la autoridad que Carleton Beals estaba en México, no preguntaba, tentaba ir en su busca. Nos frecuentaban, decía que este escritor, con una frecuencia personal que en esa época estaba enfermo.

Respecto al viaje de su hijo a Copenhague, le expresé que, estando en combinación con la "Gesta", él, fácil le hubiera sido conseguir un pasaporte falso. Hay, en cambio, algo oscuro: sus constantes telefonos a Berlín... ¿Para un pasaporte? Trotski se indignó e insistió en la presentación de pruebas que nada probaban.

Francamente—lamentaba Carleton Beals—, Trotski ha dejado pasar la más brillante oportunidad que le podía haber tenido para demostrar su inocencia.

El testimonio que presentó del dueño del hotel de un publicista del Sur de Francia, cuyo nombre he olvidado, nada prueba tampoco. Se había aliado de una estancia de cinco o seis personas durante algunos días en el hotel... pero sin precisar más.

Carleton Beals nada afirma; pero se ve que una gran duda ha despertado en su ánimo.

El resto de documentos son sus libros, sus panfletos, sus artículos, cosas para cuyo examen no era preciso venir aquí. En la Biblioteca de Nueva York los hubiéramos obtenido.

Y ahora—preguntamos—, ¿qué se piensa hacer?

Remitir las "investigaciones" hechas a una nueva Comisión de Nueva York.

Y esa Comisión, ¿quién la ha nombrado?

Ignoro. Como no sé quién nombró a esta. Todo es misterio. De todos modos, hay visto de origen. Por nuestra parte hemos obtenido los siguientes datos: en la Comisión que actuó en México figuró como presidente John Dewey, del Partido Socialista norteamericano, íntimamente aliado ahora con el trotskismo. Además, Ben Stolberg, que en la misma sesión en que comenzó el juicio publicaba en el "New York Nation" un artículo de alabanza a Trotski, elevándolo a las regiones etéreas; Otto Rühle, cuyo yerno había de traductor oficial, y la folleto, ligado a Stolberg.

El encargado de Prensa y Publicidad, Charles Walker, trotskista, decidió, llegó hace dos meses a esta ciudad, en donde día a día ha estado en contacto con el mismo Trotski. Por estos hombres, partidarios de Trotski, ha estado integrada la Comisión investigadora que habría de poner en claro la actuación del mismo Trotski. Hay que agregar a Carleton Beals que, por no ser un incondicional, pudo ver con claridad lo que había en este Club de Amigos.

Hay datos chuscos en la fama: el asalto a box entre el defensor de la Comisión, Phinney, y el joven tanatógrafo a quien se le exigía un rendimiento de trabajo mayor del que humanamente pudiera realizar. La variedad de sombreros de Diego Rivera y la pluma de pavo real que hacía visos bajo los rayos del sol. Los ronquidos de los compañeros panaderos, a quienes dormía Trotski con sus kilométricos discursos en inglés, y el grave acento del romance del mismo Diego Rivera, único aprobado en esta feria comercial. Un dato que aportamos a Carleton Beals: la presencia de Strauss en el juicio; hijo del millonario norteamericano propietario de la cadena Masy's Dept. Stone, a quien Diego Rivera permitió el acceso al Jurado y vendió además a buen precio, sus cuadros para turistas.

Por último, preguntamos a Carleton Beals:

¿Qué hay de sus actividades como agente de la G. P. U.?

Carleton Beals sonrió y respondió:

Verdaderamente sobreestimé la inteligencia de Trotski. Esta afirmación suya pinta su torpeza.

JOSE MANCISIDOR

QUEVEDO Y NUESTRA GUERRA Un año de guerra

La guerra como hecho militar simplemente físico—sin mirar a su razón o su injusticia—una técnica que, si no en lo esencial, varía y se cambia según las circunstancias del tiempo y del lugar, y una filosofía mucho más permanente, porque se refiere a la condición humana de su principal elemento: el soldado.

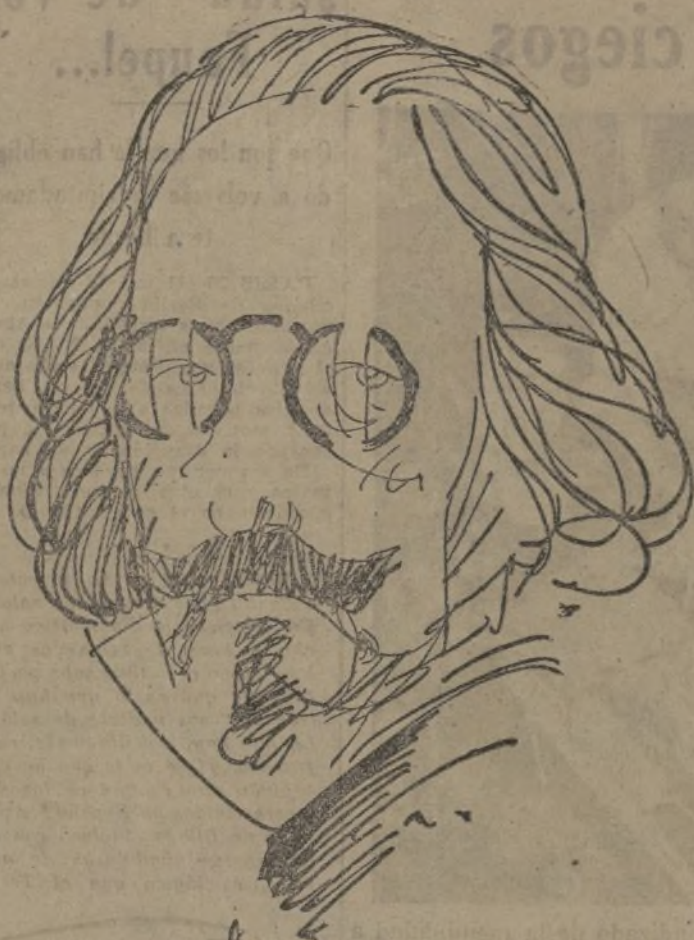
Al año ya cumplido de nuestra guerra conviene que cada día vayamos perfeccionando esa técnica y conociendo esta filosofía. En España, algunos escritores de todos los tiempos han escrito libros interesantes sobre las guerras, y en múltiples historias y crónicas de conquistas y de hechos de armas se contienen muy notables observaciones de arte militar y de filosofía de la guerra que es útil para nosotros conocer. De uno de nuestros más listos escritores, y tan profundamente español como Cervantes, y por ser expresión viva de nuestro alma popular, tan de hoy y de siempre, damos unos cuantos apuntes sobre la guerra en estas páginas de "El Mundo Azul".

Francisco de Quevedo (1597-1645) vivió en la dura y desordenada monarquía de Felipe IV y de los validos duques de Osuna y de Olivares.

Tan gran político y diplomático como conocedor de la cultura española y europea de su tiempo; poeta de calidad extraordinaria, de muy agudo y amargo ingenio para la sátira y de profundo pensamiento, acertó Lope de Vega al decir que era dulce en las burlas y en las verdades, grave.

Conocedor del pueblo español, sintiendo profundamente su destino y el dolor que y en la vida del gobierno del monarca y de la vida del pueblo, más de una vez, con burlas, sátiras o consejos, puse contra los tiranos a favor del pueblo. Fue por ello perseguido con la saña que siempre han puesto las tiranías en ahogar o destruir las mejores voces de la verdadera España. Cuando Quevedo, sin vencer su ánimo esos castigos, pone sobre la mesa del rey su famoso memorial contra el Gobierno de la Monarquía y sus validos, se le encarceló con tanta dureza y crueldad, que de resultados de los malos tratos y de la pobreza de la prisión murió poco después de ser puesto en libertad al cabo de cinco años de cárcel.

De esta dice Quevedo: "Tiene de latitud esta sepultura donde vivo



FRANCISCO DE QUEVEDO

encerrado veinticuatro pies escasos, y diecinueve de ancho. Su techumbre y paredes están por muchos partes desmoronadas a fuerza de la humedad, y todo tan negro, que más parece recogimiento de ladrones furtivos que prisión de un hombre honrado."

Acercó de la disciplina en los mandos y de su resolución y obediencia, dice Quevedo:

Muchas plazas se han perdido en muchas ocasiones, y por ellas batallas de mar y tierra, sólo por llevar o no la vanguardia, tener éste o aquel puesto lado izquierdo o derecho y sobre quién ha de dar las órdenes y a quién toca mandar. Más pérdidas han determinado estas competencias que el valor de los contrarios.

Una cosa es en los soldados obedecer órdenes, y otra, seguir el ejemplo. Los unos tienen por

pago el sueldo; los otros, la gloria.

Más quiere el soldado llevar los ojos en las espaldas de su capitán que traer los ojos de su capitán a las espaldas.

Lo que se manda se oye, lo que se ve se imita. Quien ordena lo que no hace deshace lo que ordena.

Generales y cabos que gastan lo belicoso en porfiar unos con otros, al cabo son la mejor disposición para la victoria del enemigo.

El soldado debe poner siempre el mayor entusiasmo y la diligencia más fervorosa en el cumplimiento de sus deberes y de las órdenes que reciba. Esto se nos dice en el siguiente aforismo:

No hallarse en la ocasión por no dejar de comer, por acabarse de vestir o armar a su gusto, por

no dejar de dormir algo más, o por dormir desnudo, es huir sin moverse y no menos infame que corriendo.

Siempre combate aquel que cree vencerá siempre; mas quien duda se defiende y no combate.

La seguridad en la victoria es, en efecto, un factor decisivo en la lucha. No creamos que la victoria total de la guerra es dudosa, y luchemos con la certeza de alcanzarla más o menos tarde, cualesquiera que sean las adversidades en la guerra dura y larga. Pero cada vez que vayamos a combatir hemos de hacerlo teniendo por cierta la victoria en ese combate.

El que acomete sabe escoger para sí, toma la determinación y da el susto al enemigo.

Cuerpo que no arma su corazón, las armas le esconden, mas no le arman.

Licito es temer al enemigo para no despreciarle; mas temerle para sólo temerle es infamia que aun en la cobardía de las mujeres halla honra que se le resiste.

Todos estos aforismos de Quevedo parecen consignas de ahora. Están escritos con un castellano que vibra y resplandece por preciso y por limpio. Todos debemos recordar esos aforismos y tener la certeza de nuestra victoria si sabemos constantemente asegurarnos con nuestra disciplina, nuestra convicción y nuestra perseverancia. No olvidemos nunca, junto a los aforismos de Quevedo, éste de un gran general y formidable político: "Siempre gana la guerra quien resiste un minuto más."

De la necesidad de la propaganda y del cuidado de la cultura del Ejército en la guerra y después de la victoria en todos los Estados para asegurar la paz, dice Quevedo:

Inventé la artillería contra las vidas seguras y apartadas, falseando el cal y canto a las murallas y dando más victorias al certero que al valeroso. Empero, luego se inventó la imprenta contra la artillería, plomo contra plomo.

Luego de la victoria, ¿quién duda que falta el plomo para bates después que se gusta en baldes fundiendo letras, y el metal en láminas?

S. CH.

EL QUE SE MORDIÓ CON UN PERRO

—Vamos, chico, cuéntalo ya.

—¿Que me da vergüenza?—gritó uno haciendo voz de pito y dándole de colegiala.

—No me da vergüenza, no; ya "sabéis" que no; pero el caso es... Aquí el compañero no es de la brigada.

—El mismo derecho tiene—sentenció uno muy serio que era la primera vez que abría la boca.

Sin embargo, Lorenzo se resistía. Parecía cosa convenida el que pasara por tanto para los de su brigada, y nada más. Admitía cuantas bromas quisieran darle sus compañeros, sin enojarse nunca, y hasta cumplía con satisfacción el papel de zarandillo que se le había asignado. Pero sólo para los de su brigada; para los demás quería ser uno de tantos, como por uno de tantos pasaba, por ejemplo, el rancho. El, Lorenzo, tenía un empleo, como los demás el suyo. Esta era su idea, y costó mucho que por una vez accediese a modificarla. Si no llega a ser por el terrible poder de convicción, hasta para él, que supone un corto de muchachos, más de veinte, obstinados en una sola cosa, no hubiera dejado escapar ni una palabra de su relato.

Por fin se decidió. Hablaba con una voz igual. Tenía los ojos muy fijos y abiertos. Todo el cuerpo inmóvil, pendiente de lo que contaba, como si temiera que al menor movimiento se le escapase la pista de su historia. Si no fuera por un ligero balanceo afirmativo de su cabeza, que hacía para remachar sus conceptos, y por el desesperado estrujar de su cuello, alzando cuanto le era posible la barbilla, con que lo alternaba, hubiera parecido una estatua. Una estatua de cartón, desde luego, de esas de las ferias.

Las cejas, muy espesas, sin pestañas, las orejas, enormes y coloradas. Los brazos, cortos, y apenas se pasaban de la cintura, y las manos, chatas, contrastaban con sus ojos, de un azul oscuro, tan vivos, tan llenos de una alegría inocente, que bastaban por sí solos para deshacer la impresión de homocedez que producía el resto de su persona.

La historia era larguísima. Daba vueltas y vueltas en torno al nudo de ella, acumulando sin medida detalles innecesarios. Bastaba que tuviese que aludir a cualquier individuo para que nos contase entera su vida, que nunca, ni por casualidad, tenía nada que ver con el relato. Todo lo ocurrido se podía además reducir a dos palabras. "Pero eso no tenía gracia", decía él.

El hecho fue que le movilizaron con otros de su pueblo y que él tenía un miedo "disforme". Miedo que no sabía explicar si era a las balas, a la muerte, a la misma guerra o a qué. El decía al "husto de la guerra".

—Madre, ¿qué muchísimo ruido ése.

Y en este "ruido" habían todos los espantos que él imaginaba: el desgajar de montes, el caerse de torres a racimos, el levantarse a millares por el aire las cascas, las bocas enormes que se abrían en la tierra y se tragaban enteras las sierras, los truenos, los ríos.

—Yo no voy, madre; no voy—decía—, y si me quieren matar, que me maten. A mí no se me

importa de la muerte, pero yo no voy.

Hubiera deseado con toda su alma no poder levantarse una mañana, haber quedado muerto sobre las sábanas, con tal de no pasar por "aquel trago".

Se fue cuando se le ocurrió aquello. Le abrió la boca con las manos—el animal, sumiso, le dejaba hacer—, y movió entre sus dientes la pantorrilla derecha. Con toda su fuerza apretó sobre el hocico contra la tierra. Y consiguió una herida, pero no que fuera de importancia ni que se le infectase. Tan superficial era, que cuando se presentó, pocos días después, al reconocimiento, ya le había cicatrizado en absoluto. Por tierra todos sus planes, se encontró en el frente.

En este momento de su relato, un soldado que a duras penas había contenido su mal humor por el deseo de ver en qué acababa todo se separó del corro.

—Parece mentira—dijo—. No me lo quería creer. Está visto que gente para todo, ¡vamos, que no es "despachatez" la de este tipo!

Lorenzo se echó a reír, aplastándose las narices con la mano por taparse la boca y contener sus carcajadas. El de la indignación, según se separaba del grupo, le lanzó de soslayo una mirada que no dejaba lugar a dudas.

—¿Y qué, pasaste mucho miedo una vez en el frente?

—¿Miedo? Hasta llegar aquí. ¡Pero si no pasa nada! Total, la guerra, ¿qué es? Muchos cañones, muchos tiros y bombas; y todo eso, ¿qué?

En efecto: el oficial que me acompañaba me confirmó después que Lorenzo no era ni más ni menos valiente que cualquiera de sus otros soldados; quizá se distinguiese por una sangre fría poco común en muchos instantes.

En cuanto a su tontería—me dijo—, yo soy de la opinión de que este tipo la saca más provecho que muchos listos a su talento. Quiero decir que no tiene de tanto sino lo que le conviene.

V. SALAS VIU

Soldados, que el triunfo espera; voces de hombres y mujeres nacidos en nuestro pueblo cuentan hasta en doce meses las labores de la guerra, la sangre pura y corriente, el tiempo de la tracción y el espacio de la muerte.

Un dieciocho de julio, entregado al diecinueve, España sintió su pecho cercado criminalmente con armas de extraño cuño y manos de extraño gente.

El pueblo se subió, heroico, a sus más altas paredes. Todos los puños rugieron con su esperanza más verde.

con su más honda arrogancia con su arrebatado de siempre, gritando "¡No pasarán!"; tenemos tan duros dientes, que el plomo del enemigo ha de quebrarse impotente.

Estalló aquel dieciocho, pasó agosto con sus misiones y vino octubre, seguido de la sangre que en noviembre enrojeció de heroísmo las piedras de muchos puentes. Cayeron miles y miles, y esa sangre que se extendió alrededor de Madrid hace que Madrid se quede siempre corazón de España, triunfante y español siempre.

Se dijo: "¡No pasarán!", y han pasado doce meses sin que manchen con sus manos la piel de nuestras mujeres, las piedras de nuestras calles ni el aire de nuestras fronteras.

Detrás de esta dura brisa se pudren y desvanecen al cumplirse el primer año, batallas de estomeros, madrugada de morteros, agonías que se pierden en la oscura sucesión de meses, meses y meses.

No tiene España sus hijos sobre un pasado de muerte; España crea a sus hijos, seguros de que han de verse sobre campos donde brillen la libertad y el reñente.

Hombre que en España nace es hombre que ha de moverse en campos de libertad o en cuevas donde la muerte le da al viento su canción de mármoles y cipreses.

ANTONIO APARICIO

Julio 1937.

"LLANTO EN LA SANGRE"

ROMANCES 1933-1936 (EDICIONES ESPAÑOLAS)

Ediciones Españolas acaba de publicar un gran libro de romances del poeta malagueño Emilio Prados. Se reúnen en él no sólo los correspondientes al ciclo de la guerra, sino los anteriores, los que comenzó por el año 31, cuando el llanto por la justicia se mezcló en su sangre. Desde entonces, nadie escuchará sin admirarse estos romances, que no son de cantor popular ni anónimo, sino de gran poeta culto que canta para su pueblo y a quien su pueblo debe reconocer.

El "Romancero general de la guerra de España"

Las Ediciones Españolas han publicado, con motivo del Congreso Internacional de Escritores, una recopilación de romances de guerra. El Romancero ha sido en este año de lucha la expresión más viva y permanente de la lirica popular.

Su éxito en el Extranjero ha sido inmenso. Existen traducciones al francés, ruso, inglés, alemán, etc.

Redacción: MARQUES DEL DUERO, 7

Teléf. 63362



Una sesión del "Club de Amigos de Trotski".

A PIE DE BURRO

(Dibujo de Mallo.)

